

EL PRINCIPE DE ESQUILACHE, POETA DE ARAGON

Por DOLORES CABRÉ

I

*A todos juzgas, y a ninguno ofendes,
Sirviendo en tantos yerros de testigo,
Y en el común dolor de tu enemigo,
Ni el brazo adoras, ni el rigor enciendes*

ESQUILACHE, Soneto LXXIX.

Miniatura biográfica.

HAY épocas tan ricas en valores espirituales y tan matizadas, que parecen ofrecer a los hombres que las viven caminos y perspectivas a seguir siempre abiertas para afirmar su personalidad. Así nos aparece nuestro siglo xvii, en el que la vitalidad del Renacimiento dejaba paso a acontecimientos políticos y sociales que transformaban la manera de ser de los hombres que buscaban un refugio, desengañados de lo terrenal, en lo sobrenatural y eterno, con angustia, con dinamismo, como si vivieran la complejidad de una Edad Media.

En la rotura del equilibrio clásico-renacentista nace y muere el Príncipe de Esquilache, Don Francisco de Borja y Aragón, cuya vida noble y ponderada se vuelca en una obra serena y elegante. Por hacer está el estudio completo biográfico y bibliográfico de Borja ¹, que ha pasado

1. Se nos dice que González Palencia ha dejado un estudio inédito sobre el Príncipe de Esquilache. También sabemos que la señora de González, Doña Concepción Salazar, ha hecho su tesis doctoral sobre Don Francisco de Borja, tesis que publicará la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. No sabemos, por no haber visto la luz pública, qué aspectos del Príncipe estudian ambos trabajos. Sobre Esquilache lírico hay asimismo una documentada tesis doctoral de Luis M.^a Plaza, todavía inédita.

desde los elogios de la crítica coetánea y posterior (Lope de Vega, Montalbán, Fray Jerónimo de San José, López de Sadano, Menéndez Pelayo), a la crítica poco valorativa (Rosell) y aun al olvido injusto. El poco interés que se ha sentido por figura tan viva en su siglo, ha hecho que al intentar bosquejar la personalidad de nuestro escritor nos encontremos con serias dificultades. Faltan datos concretos, por una parte; por otra, encontramos contradicción en las notas que poseemos.

Originaria la familia Borja de Aragón, establecida en Valencia desde donde se extiende por Italia (Borgias) para regresar, en parte, a Valencia (a cuyo jefe, de la rama valenciana, hijo de Alejandro VI, los Reyes Católicos conceden el título de Duque de Gandía), se prolonga a través de San Francisco de Borja, cuarto Duque, «santo auelo» de Esquilache. Por enlaces matrimoniales con familias aristocráticas aragonesas, entre ellas la de los Duques de Villahermosa, algunos miembros de los Borja regresan a su primitiva cuna, Aragón.

Santos, aventureros maquiavélicos, diplomáticos, grandes señores cosmopolitas: de todo hay en la familia de Don Francisco de Borja, cuyo nacimiento y parte de su vida llenan la fantasía y desembocan en lo novelesco.

Se nos dice en el Cancionero de la Rosa ² que «Don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache y Conde de Mayalde y Siniari, nació el año 1577 en el mar Tirreno, yendo sus padres el Conde de Mayalde, Don Juan de Borja y Doña Francisca de Aragón, Condesa de Ficalho, su mujer, a la embajada de Praga, corte a la sazón de Alemania. Algunos días después de la arribada a Génova se celebró el bautismo con espléndida solemnidad, teniendo al recién nacido en la pila el Príncipe de Melfi, Juan Andrea Doria, en cuyo palacio posaron los Condes».

Pasó nuestro personaje sus primeros años en el ambiente de fausto de cortes extranjeras y entre un refinamiento literario al que sus mismos familiares no eran extraños. Su padre, Don Juan, embajador que fué en Portugal y Alemania, puede ser añadido a la lista de los tratadistas políticos de su época con las famosas *Empresas Morales* que dedicó al rey Felipe II, reeditadas varias veces ³; escribió, además, una obrita de carácter ascético, titulada *Via spiritus*. Antes de cumplir los veinte años, Esquilache era Comendador de la Orden de Montesa como miembro de la nobleza de la ciudad del Turia. «De elegante persona, buena com-

2. JUAN PEREZ DE GUZMAN, vol. I (Madrid, 1891), p. 272.

3. B. J. GALLARDO, *Libros raros y curiosos*, vol. I, p. 117.

plexión y apacible natural», era un elemento interesantísimo en la corte de Felipe III, de cuyo Consejo de Estado y Guerra formaba parte Don Juan de Borja, alternando con su misión de Mayordomo de la Emperatriz viuda Doña María. Alrededor de la Emperatriz, figura muy digna de estudio, encontramos a los hermanos Argensola, tan importantes en la vida del Príncipe: a Bartolomé, como Capellán, y a Lupercio, como Secretario de la Señora. Docto en humanidades, sensato y equilibrado, Bartolomé era un buen elemento para guiar moral y estéticamente a un joven de la calidad y tradición de los Borja. Vivió Esquilache la vida de intrigas cortesanas y de luchas entre los validos.

En un interesante estudio sobre el mecenas Conde de Lemos ⁴ se nos presenta un panorama rico en astucias y no ciertamente en hazañas gloriosas de la corte de Felipe III. Fiestas y dispendios fabulosos de grandes señores en honor del recién elevado al trono y de su joven esposa, la rubia Margarita de Austria, que venía por mar: todo para atraerse, desde un principio, la voluntad del monarca. Se suceden las pugnas, para sobrepujar en lujo y en derroche, entre los Duques de Lerma y el del Infantado, quienes con sus cortejos de reyezuelos orientales deslumbraban al pobre Felipe. Grandes señores rodeaban al rey. Muchos de aquéllos, parientes de nuestro Esquilache. El Duque de Lerma mismo, primer privado de Felipe III, era nieto de San Francisco, y su yerno, el Conde de Lemos, gran señor en todo, protector inteligente de los grandes ingenios de su época, era sobrino de nuestro escritor. Fernando de Borja, hermano de Francisco, estuvo al servicio del Príncipe Felipe, más tarde Felipe IV. Nos dice el autor del libro acerca del de Lemos que Fernando atemorizaba a Olivares, que ya empezaba a influir sobre el futuro Rey, «pues su afición a las bellas letras y sus maneras finas atraían al Príncipe».

Antes de 1610 estaba casado Esquilache por segunda vez. De esta fecha son dos obligaciones para efectuar unos pagos firmados por Don Francisco y por sus esposas Doña Ana de Borja y Doña María ⁵. Por su testamento y otros documentos ⁶ sabemos que fué padre de dos hijas, una de las cuales, María, casó con su tío Fernando, virrey de Aragón, con el que residió en Zaragoza cuando la ciudad vivía intensamente un

4. ALFONSO PARDO MANUEL DE VILLENA, *Un Mecenas del siglo XVII. El Conde de Lemos* (Madrid, 1911).

5. PEREZ PASTOR, *Bibliografía madrileña*, parte tercera (1907), p. 335.

6. Op. cit., p. 337. *Carta dirigida al Conde de Lemos por Esquilache*, publicada por GOMEZ OCERIN, «Rev. Filol. Esp.» (1918, junio).

clima de protectores de las artes y de las letras, cuando las tertulias y los salones de los más encopetados personajes se abrían para albergar a toda manifestación de espíritu: la Academia de los Anhelantes, con los Argensola; la del Virrey, Capitán General Príncipe de Esquilache (Fernando de Borja), alrededor del cual encontramos a Vicente Sánchez, a Cecilia de Villanueva, a Jerónimo de Nicolás ⁷. Delicada de salud ⁸, falleció María antes que su padre, dejando una niña, Francisca, que heredará el título de Princesa de Esquilache. Don Francisco cantó la muerte de María en una elegía ⁹. Otra hija de Esquilache fué Francisca, que casó con el Marqués de Lacona, a quien dedica una epístola ¹⁰. Murió Francisca también antes que el padre.

Becker ¹¹ nos dice que Francisco de Borja pasó los primeros años de su juventud entre duelos y aventuras galantes. Gran cantidad de obras suyas líricas versan sobre «pasados yerros» que bien pudieran ser un tópico. A pesar de su vida cortesana y frívola, el Rey, que le creía capaz de grandes cosas, le nombra Virrey y Capitán General del Perú, donde con plena consciencia de responsabilidad inicia una gran labor de militar, diplomática, intelectual y social. La *Relación* que dejó a su sucesor, es un documento poético por sus alientos y actitudes nobles. «El último rayo de pura luz literaria que en el siglo xvii atravesó las tinieblas que obscurecían a Lima, Príncipe a la italiana y verdadero poeta», le llama Menéndez y Pelayo ¹².

Después de seis años de permanencia en el Perú, en 1621 regresa a España. Felipe IV acaba de subir al trono. A su lado Olivares. Ya hemos hecho notar que Fernando de Borja había constituido la obsesión del Conde-Duque, que no paró hasta aislarle del Rey. Lerma y el de Lemos, parientes de los de Borja, desterrados y muertos lejos de la corte. Mal ambiente para Don Francisco. Góngora escribe una carta ¹³ a Francisco del Corral, en la que dice: «Acá no hay cosa de nuevo sino del embargo del Príncipe de Esquilache que viene del Perú, y la información del Consejo de Hacienda, no sé en qué forma». Desterrado, marcha a Valencia,

7. RICARDO DEL ARCO, *La erudición aragonesa en el siglo xvii en torno a Lastanosa* (Madrid, 1934), p. 63 y 64.

8. GOMEZ OGERIN, carta cit.

9. *Obras en verso* (Amberes, 1663), p. 78.

10. Op. cit., p. 89.

11. BECKER, *Historia de América* (edic. Cambridge), vol. XXV, p. 504.

12. MENENDEZ PELAYO, *Historia de la poesía Hispano-Americana*, vol. II, p. 182.

13. GONGORA, *Obras Completas* (Madrid, Aguilar, 1943), carta 77, p. 898.

solar de sus mayores. En su égloga I, que nos recuerda a Virgilio a través de Garcilaso, hace decir a uno de sus personajes, Salicio: «Pasé los altos montes de Castilla / Y donde el Turia humilla / Su cristal en los muros de Valencia / Llegué forzado penetrando yelos / Dexando engaños y llevando zelos». Puede ser el fragmento una alusión a la marcha forzada de la capital del Reino.

Valencia, ciudad rica en aventuras y hombres ilustres. Frente al mar de la cultura tenía una Universidad de donde irradiaba el humanismo y el sentido artístico italiano de la forma ¹⁴. Mitad árabe, mitad clásica. Bullanguera y equilibrada. Los grandes ingenios valencianos escribían en castellano y emigraban a Madrid, pero las prensas y los editores desplegaban una actividad desconocida en otras regiones de España. Provenzalismo y Romancero semipopular convivían en la literatura valenciana.

Me gusta, a veces, imaginar a Esquilache contemplando el mar en el momento en que el límite con el horizonte desaparece, Virgilio entre las manos, y unas blancas velas mar adentro, destinadas al tráfico comercial, y ver, en Borja, un gesto de desencanto. En la casa de sus mayores, mirar cuadros y ejecutorias que hablan de grandezas pasadas, y allí recordar a la corte, que derrochaba el tiempo en frivolidades y bajezas, y contraer sus facciones en un gesto de amargura.

Poco tiempo debió de permanecer en Valencia, ya que en 1628 es Capitán, aunque nos parece un cargo honorario, de una Compañía de gentes de armas en el «Reyno de Nápoles», cargo que traspasa, residente en Madrid, a Doña Lucrecia de Cárdenas. En 1658 interviene como semiintendente en la guerra contra los sublevados portugueses y catalanes ¹⁵, como vemos por unas cartas de pago en favor de algunos proveedores de socorros a los dos sitios. Este último, cargo de confianza. En Madrid reside en la casa de Rebeque, cerca del palacio real. Desde su casa veía entrar temprano, para que el Rey no aguarde, a señores sin prestigio con gran tropa de lacayos que representaban verdaderas escenas cómicas y de fanfarronada ¹⁶. Observaba la molicie de la corte que se entretiene hablando y abandona las armas cuando éstas son necesarias para defender al país ¹⁷. Los ríos de oro que entran desde América por Sevilla y que desembocan en los bancos flamencos, franceses e

14. BONILLA Y SAN MARTIN, *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*.

15. PEREZ PASTOR, *Bibliografía madrileña*, p. 336.

16. *Obras en verso*, soneto XLIX.

17. *Op. cit.*, soneto LXXVIII.

italianos. Todos los acontecimientos le llevan a amenazar a los que gobiernan usando de la tiranía, enseñándoles a Jezabel a la que también llegó su día ¹⁸.

Junto a la indignación por todo lo que no significaba dignidad, elegancia, serenidad y equilibrio (de aquí, aunque él fué un hombre del Barroco, sus ataques nominales al gongorismo), vivía su vida de señor cristiano, ejemplar y tierno en su vida familiar, con sus rasgos de buen humor para los grandes amigos. Recordemos el soneto de epicureísmo fino ¹⁹ dirigido al Marqués de Palacios, que le había prometido unos bizcochos de Cuenca que nunca llegaban: «Que yo Marqués, de los de azúcar como / Y no bizcochos de promesa y cuento». También la epístola dirigida a Bartolomé Argensola, que viene a ser un anti-*Beatus ille*, tiene sus acentos humorísticos. Sabe distinguir. Ataca sin citar nombres propios. Afectuoso con sus amistades, paternal y cariñoso con los suyos. Con los altos, profundo y serio. Pocas composiciones tiene de carácter amoroso sentido. Hay alusiones a amores no correspondidos o destruidos: Filis, Galatea, Celia, Lucinda, a la que dedica mayor número de poesías. Notamos un ligero sentimiento de ataque a la mujer que aparece lasciva, trivial, que pretende encubrir los años con afeites, viudas poco recatadas, ya en versos originales, ya en adaptaciones clásicas. Se relacionó con lo más selecto del mundo de las armas, letras y sangre. Entre los literatos coetáneos admira a los Argensola, a Lope de Vega, a Montalbán, que le había dedicado una novela ejemplar, *La hermosa Aurora* ²⁰. Anteriores a él, prefiere a Garcilaso, a Medrano, a los poetas del Cancionero. De entre los clásicos escoge a Virgilio, a Horacio, a Marcial y a Ausonio.

Murió en Madrid, en 26 de octubre de 1658, siendo enterrado en la Capilla de los Borja, de San Isidro.

Ha seguido nuestro Príncipe la trayectoria del gran señor de nuestros siglos gloriosos: religioso, fiel a la idea monárquica. No desdeña las aventuras y amoríos en su juventud, a los que abandona para acabar retirado cantando el desengaño de las cosas que huyen, buscando las que no pasan a través de las meditaciones del *Kempis* y filosofando cristianamente con Séneca. No sé por qué, después de haber leído las obras de Esquilache, hemos pensado en una figura velazqueña, la del Marqués de Spínola del cuadro de «Las Lanzas». Dos bandos militares reconoci-

18. Op. cit., soneto CII.

19. Op. cit., soneto CLXXV.

20. *Bibliografía madrileña*, p. 235.

bles, no sólo por su indumentaria, sino por la exteriorización del triunfo en unos y de la derrota en otros. En el centro, atrayendo todo el interés, dos personajes: a la derecha, el Marqués de Spínola, vestido con una reluciente armadura tachonada de clavos dorados, pone la mano derecha con afecto sobre el vencido Gobernador de Breda, que inclinado respetuosamente entrega las llaves de la ciudad. La expresión del Marqués es la de la emoción del triunfo, pero, lleno de comprensión, abraza al vencido. «Porque en el perdón está la gloria / Y es la piedad honor de la victoria», dice un personaje del poema *Nápoles recuperada*, del Príncipe ²¹. Velázquez, sin querer, con la serenidad que imprime a sus personajes, nos ofrece en Spínola el retrato que, para conocerle mejor, hubiéramos querido tener de Don Francisco de Borja y Aragón.

Con sus obras, algunas inéditas y sueltas todavía, podemos organizar un pequeño catálogo que consta de: *Obras en verso*, 1639. En 1663 se reimprimen las *Obras en verso* en edición póstuma en la imprenta Plantiniana de Moreto de Amberes con inclusión de poesías que no están en la primera edición. *Traducción de la Imitación de Cristo del Beato Kempis*, 1661. *Pasión de Cristo en tercetos*, 1638. *Los tres tabernáculos* y *Soliloquios del alma* (póstuma), 1661. El poema heroico *Nápoles recuperada*, publicado en Zaragoza en 1651, reimpresso en 1658 en Amberes, en la Plantiniana. Algunas poesías inéditas se han ido publicando en la «Revista de Filología Española» y en «Ilerda», por diversos eruditos. Tenemos inédita una *Elegía en tercetos* dirigida al canónigo Argensola. Se atribuyen a Esquilache *Instrucción de Séneca a Nerón*, *Plutarco a Trajano*, y unas *Sentencias filosóficas de Don Juan de Olarte*.

II

No es mi Musa tan rígida, que espanta
Con sus voces erizadas, con horrores.

ESQUILACHE, Epístola a Valderreis.

Ni soy reformador, ni soy perfecto.

Id., Cancionero de Amberes.

El poema «*Nápoles Recuperada*».

Amplia y variada es la obra del Príncipe de Esquilache que se ha inspirado en temas filosóficos, amorosos, de simples circunstancias,

21. *Nápoles recuperada*, canto II, octava 38.

patrióticos, familiares y que ha usado para la expresión de toda forma poética conocida, desde el romance tan nuestro, elevado por obra y gracia de unos poetas a metro artístico, hasta la robusta octava, llena de la gracia serena del endecasílabo.

A pesar de ser un poeta del tiempo, que consagra parte de su musa a exaltar tópicos, y de la misma amplitud temática y formal de su obra, no carece de profundidad y de belleza, cualidades que parecen exigir una atención. Gran señor, militar, realista acendrado, consagró parte de su inspiración a exaltar como Velázquez en la pintura al Rey—«¡oh gran Filipo!»—y a todo lo que al monarca le hacía vibrar: acontecimientos familiares, fracasos internacionales, triunfos e ilusiones. Y sin apartarse de esta devoción constante en su vida, que impregna de fidelidad emocionada, le vemos pulsar la cuerda épica en un poema, *Nápoles recuperada*, punto fundamental al que dedicamos el presente trabajo.

En 1651, aparece la primera edición de la obra citada, que lleva por título y encabezamiento: *Nápoles / recuperada / por el / Rei Don Alfonso, / que dedica / a la Magestad del Rei / Nuestro Señor / Don Felipe Quarto / el Grande / Don Francisco de Boria, / Principe de Esquilache, Conde de Mayalde, Comendador de Azuaga, de la Orden de Santiago, / GentilHombre de su Cámara / Con licencia de las coronas / de Castilla, y Aragón. / En Çaragoça: En el Real, y General Hospital de nuestra / Señora de Gracia. Año M.DC. LI.*

Una edición posterior es la que salió de la imprenta Plantiniana de B. Moreto en Amberes MDCLVIII. Nosotros, para el presente estudio, hemos utilizado la edición de Rosell, vol. XXIX de la B. A. E. de 1854.

El poema, que según su autor «aunque se imprime ahora, ha muchos años que está escrito y visto por personas que se pudieron aprovechar de él», es una obra de arte por lo cuidada y de trabajo medido, que sigue una corriente histórica, borrosa por exceso de verbalismo y confusión entre lo humano y la naturaleza toda, que lleva, junto al sentido de la realeza digna, el latido sentimental de la grandeza del Reino de Aragón al que se sentía unido Esquilache por razones de origen, de amistades y parentesco ²². Junto a esto, y como base anecdótica, cabría considerar el eterno problema francés, candente en la época de Borja, agudizado por la política de Richelieu contra la Casa de Austria y por la ayuda francesa prestada a los sublevados catalanes. Levantina la casa de Borja, orientada hacia el Mediterráneo; parentesco

22. Su hermano Carlos casado con María de Aragón, Duquesa de Villahermosa.

con Alfonso V el Magnánimo; títulos y honores italianos, en la familia; amigos que vivieron la vida napolitana, ayudarán a levantar el poema.

Así, asistimos a la partida de la armada aragonesa bajo el mando de Alfonso V, secundado por su hermano Pedro y por los capitanes de los ejércitos catalanes, valencianos y navarros, expedición que se dirige a Nápoles para reconquistar los derechos a su posesión, que la reina Juana había dejado en herencia a su ahijado Alfonso y que luego, desposeyéndole de los mismos, cede a Renato de Anjou. Después de violenta tempestad arriba el ejército aragonés a Italia, sitia y toma a Pelosa, a Puzol, en donde muere Pedro heroicamente, y por último, asalta y ocupa la ciudad de Nápoles. Junto a la trama central, rindiendo tributo a la moda, hay multitud de disquisiciones: luchas caballerescas entre individuos de los bandos contendientes, duelos amorosos, doncellas andariegas en busca de desamorados amantes, magas que ayudan a los héroes y amadores, visiones infernales y preludios de gloria, todo al amparo de unas «pintadas» tiendas de campaña y frente a unas murallas por asaltar.

La mescolanza de temas unidos al argumento central por un pequeño punto de contacto, la naturaleza de los mismos episodios, el estudio interno y formal del poema y la comparación de éste con otros coetáneos, a pesar de las diferencias propias nacidas de la personalidad del autor, nos descubren unos elementos esenciales que han servido para componer el poema y que han llegado a Borja a través de lecturas y convivencias, respirando directamente el ambiente artístico y literario de su tiempo y a través de los menores actos del vivir cotidiano.

LA EPICA Y EL HISTORICISMO.—Un mundo nuevo separa la concepción épica medieval—que engendraba poemas de emoción, de lucha, de ideales sublimados por el poeta, que vive y se impregna del ambiente tenso que le rodea: poesía social, impersonal, órgano del alma colectiva, cuadros reales, que por su mismo carácter impresionan más fuertemente—del mundo que engendraba la épica moderna.

Hay, a partir del siglo xv, frente a la visión objetiva de los hechos y de la formación nacional, una exaltación individual y un sentimiento de belleza formal y artística por encima de todo, nacido al calor de ambientes refinados y de formación humanística de los poetas, que estimaban como bárbaras a todas las cosas que no llevaban el sello de la clasicidad y de la cortesanía. Ya en los primeros tiempos del Renacimiento, época del descubrimiento del hombre, según Burckhardt, la Historia, suma de actividades humanas interpretadas por el hombre,

adquirió la categoría de ciencia altísima; y de la mano de la Historia, la épica, que participaba de aquélla y de poesía, exaltadora de linajes e individuos, alcanzaba un valor del que sólo nos podemos hacer cargo leyendo opiniones y ambiciones poéticas de los grandes escritores de la época.

La fortuna de Virgilio como autor de la *Eneida* en el Renacimiento está explicada. Por esto, al dar tal importancia a lo épico y a lo histórico, se debe citar el caso de un Fray Luis de León, que decía habersele «caído de las manos», precisamente por ser líricas, sus grandes poesías, y el caso de Herrera que suspiró siempre por ser un gran historiador y poeta épico ²³.

Desde el Renacimiento, la *Eneida*, que servía de enlace con el mundo griego, se lee, se comenta y se imita en sus episodios y mínimos detalles, hasta llegar por una serie de etapas posteriores a Ariosto, virgiliano, pero creador, con personalidad propia, de la épica moderna. Ariosto es el cortesano ávido de emociones estéticas que, con el pretexto simple, tronco esquemático amoroso y de unas luchas entre francos y moros representadas por multitud de ricas y brillantes imágenes, nos da las ramas floridas del *Orlando Furioso*, que ocultan todo lo vulgar para dar paso a las aventuras más extrañas. A esto une la forma de su estrofa consagrada ya para el género épico y la perfección y musicalidad de sus versos ²⁴.

Si Ariosto es el desparramamiento hermoso y alegre, Tasso, otro seguidor de Virgilio, espíritu torturado, psicólogo, religioso y artista, uno de los más grandes líricos que han existido, representará el espíritu de la Contrarreforma. Ambición de la época de Tasso era la creación del poema heroico. Se tenía que crear el poema épico según los clásicos y buscar, no a la Historia desnuda, sino al alma de la Historia, de la cual los hechos no constituyen más que un árido esquema. Tampoco es aislable de la vida misma lo divino y lo sobrenatural ²⁵. Así, la épica, desde la Edad Media a la Moderna se ha transformado de substancia dentro de la vida poética en accidente o mero pretexto para hacer obra de arte en el Barroco.

La tendencia histórica y la artística viven en la España de Borja. La primera se asienta en el suelo nacional cantando asuntos de la Recon-

23. A. COSTER, *Fernando de Herrera, el Divino* (París, 1908).

24. MAZZEI, *Estudio histórico-crítico de la literatura italiana* (1941), p. 242.

25. MAZZEI, op. cit., p. 285.

quista, se dispara por Europa hacia Nápoles con las conquistas del Gran Capitán y, con las hazañas de Alfonso V de Aragón, arrastra a la colectividad europea con las Cruzadas a Tierra Santa, atraviesa con nuestros conquistadores las selvas americanas y adorna la historia bíblica o la clásica. La segunda tendencia, la que hace predominar lo maravilloso y fantástico propio de la épica italiana, tiene un exponente en el *Bernardo de Balbuena*.

Con todo, no podemos hablar en España, país de tradición y amante de su pasado y de sus glorias, de una épica artística sin una base, parodia o seriedad, de carácter histórico o de pequeña anécdota. Vivo debía de existir lo artístico sobre lo histórico puro en la época de Esquilache, cuando en el prólogo de la *Nápoles recuperada* nos dice que los italianos sin ver el poema le ponen reparos porque «elegí héroe y acción moderna... y que la notoriedad de la historia es fuerza que me estreche para no poder dilatar la invención»²⁶. A pesar de la notoriedad histórica a que alude, nuestro autor hizo frecuentísimas concesiones a lo inventivo y a lo plástico. Y es que lo contorsionado del tiempo de Esquilache se resuelve en contraposiciones y paradojas. Contraposición agudísima entre naturaleza y artificio, y paradoja entre lo infinito y dinámico, lo finito y estático. Por esto, la *Nápoles recuperada* toca lo histórico y lo rodea de elementos caballerescos y maravillosos.

La historia pura no podía agrandar a ningún hombre de nuestro siglo xvii, porque la realidad ha sido dura para los españoles; por esto se lanza también en ligeras escapadas a lo sobrenatural y fantástico. Pero también el alejamiento absoluto de la realidad produce impresión de vacío. El hombre necesita un punto de apoyo para dispararse y, si este punto de apoyo se busca en la pintura, como dice Orozco Díaz²⁷ en los retratos en grupo que recogen un pedazo de la vida cotidiana, o en el de la figura sola con un objeto entre las manos o apoyada en algo, en literatura se buscará en la historia fragmentaria, en los cuadros costumbristas o en las pequeñas anécdotas. Por otra parte, los desengaños terrenales, sobre lo que es o parece ser, encierran una idea de fugacidad. Nada hay eterno en este mundo. Todo se pasa, que dirán nuestros místicos. El hombre del xvii vive como envuelto en un torbellino y en marcha siempre, como si algo le empujara, sin dejarle permanecer. Es el huracán del tiempo que da acción continua al *Burlador*, el que hace volar

26. B. A. E., vol. 29 (1854), p. 289.

27. OROZCO DIAZ, *Temas del Barroco* (Granada, 1947).

las vestiduras de nuestras imágenes en un ansia de infinitud y el «Puesto ya el pie en el estribo» del *Cancionero*, del *Caballero de Olmedo* y del prólogo del *Persiles y Segismunda*. Luego, ¿cómo contrarrestar esta falta de estabilidad? Por la historia o por el poema histórico, que viene a erigirse en símbolo de algo que no muere del todo ²⁸. ¿Cómo encauzará estas ideas Esquilache, dándoles forma exterior que las haga inteligibles haciendo un cuerpo poético?

Hay unos tanteos de poema épico en el *Canto de Jacob y de Raquel*, sobre el pasaje bíblico, en el que, junto a episodios galantes, anecdóticos y pastoriles, emplea ya un cierto tono, que no es lírico puro, y una estrofa, la octava. También tiene tono y forma épica el *Canto de Antonio y Cleopatra*, episodio amoroso más que histórico, de una riqueza plástica y descriptiva grande ²⁹. La doctrina estética de Borja que le hace discípulo de Bartolomé Leonardo, a pesar de que hizo concesiones a otras escuelas de su tiempo, acaba por inclinarle hacia los clásicos. Dice que para su *Nápoles* imitó a Virgilio; que cuida de la forma «evitando palabras ásperas y de ruido», como aconseja Horacio, y que, contra los gongorinos, «la obscuridad hace intolerable la locución y aborrecible la sentencia» ³⁰.

VIRGILIO.—Hay claramente episodios e imágenes nacidos de una lectura directa y a través de los modelos épicos Ariosto y Tasso. Virgilio ha sido el tónico de todos los tiempos y si su sentido lírico informa la poesía de la naturaleza de nuestros siglos XVI y XVII—dotándola de calor íntimo, de aquel mirar frente a frente cada una de las cosas, de aquella dulzura melancólica que él poseía como nacido en una tierra de prados verdes y de atmósfera brumosa, propia para describir paisajes en reposo; su ansia de infinito, la exaltación individual e histórica, el dinamismo interior de sus personajes divinos y humanos que nos presenta en una aparente serenidad helénica en los primeros cantos de la *Eneida*—, tenía que encontrar eco y aceptación inmediata en el Barroco. Nos dice, además, Riber ³¹ que Virgilio abrió los claros y anchos raudales de la palabra bella y que su abundancia era elegante y llena de luz con matices. Poeta y artista.

Hay una carta en tercetos, inédita, que escribió Esquilache a Barto-

28. OROZCO DIAZ, op. cit.

29. *Obras en verso*, p. 80.

30. B. A. E., vol. 29 (1854), p. 290.

31. VIRGILIO, *Obras Completas* (Madrid, Aguilar, 1940), prólogo de L. Riber.

lomé Leonardo, sin fecha, aunque anterior a 1631, año en que murió el canónigo Argensola. En ella cuenta cómo se apartó del mal camino gracias a un sueño por el que desfilan nombres y episodios de la *Eneida* que alcanzan un valor alegórico. Los troyanos vencidos son «los flacos que al mundo están rendidos». El caballo de Troya, símbolo del Deseo, sirve de daño a quien le franquea la entrada. Héctor, la Razón, muerta por el Apetito, se aparece a Eneas con los cabellos empapados de sangre para que huya. Contemplamos, también, los episodios de Sinón, Laocoonte y la huida de Eneas piadoso de amores y molicies para seguir un camino alto. Para huir de los peligros que le acechan, busca Esquilache la ayuda de la fe. Y después de contemplar en visión dantesca lo infernal y las alegorías del camino llano, obscuridades, en amalgama senequista cristiana, acusa lecturas horacianas y la no superficial de la *Eneida* y obras líricas virgilianas. Sobre el tema eneádico tiene un soneto a Dido ³². Podemos aventurar la idea de que la epístola en cuestión y el soneto fueran unos ensayos del virgilianismo épico que cuajó luego en *Nápoles recuperada*.

Dividida se halla la obra de Borja en doce cantos como la *Eneida*. De los doce cantos, el primero parece resumir la tragedia de la errabundez marina de los primeros libros del poema virgiliano. Alfonso, como Eneas, va a Italia para realizar una misión altísima; por esto, tanto uno como otro se verán combatidos por las fuerzas naturales movidas por algo superior, que no se ve en la *Nápoles*, y por la venganza de Juno en la *Eneida*. Las imágenes, llenas de fuerza, de las aguas alborotadas: «montes de sal, vientos gigantes»; la concordancia entre el cielo y la tierra, que hace que a la soberbia de las olas levantadas se conteste con «relámpagos que encienden el aire» ³³. En el paisaje terrestre el monte y el humo, las selvas oscuras. La cueva de la sibila de Cumas situada en la resquebrajadura de una montaña cubierta de follaje. El infierno que tiene en su punto central un olmo sombrío que tiende sus brazos bajo los cuales duermen los sueños ³⁴. Predominancia de noches en la sucesión de los días. Dotada la noche de sentido trágico en Virgilio: misteriosa, cuna, en ambos, Esquilache y Virgilio, de lo nefando, ancho campo para desenvolver sus actividades las deidades adversas. Animada en los

32. ESQUILACHE, *Obras en verso*, p. 50.

33. VIRGILIO, *Eneida*, I, 103: *fluctus ad sidera tollit*, 90: *intonuere poli et crebris micat ignibus aether*.

34. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 282-4: *In medio ramos annosaque bracchia pandit / ulmus opaca ingens, quam sedem somnia volgo / vana tenere ferunt foliisque sub omnibus haerent*.

dos como un gran pájaro fatídico que agita sus alas negras ³⁵. La visión de la luna llena. Fuera de la naturaleza coincide Esquilache con Virgilio en las paredes de los palacios decoradas unas veces con mitos, otras con hazañas de antiguos héroes. Visión de banquetes fastuosos en los palacios reales. También, cuando de intrigas y personajes se trata, tenemos el episodio de los amores de Fenisa y su abandono, que presenta notable parecido con el de Eneas y Dido. Virgilio, recordemos, llama a veces, a la reina de Cartago, Fenisa, de Fenicia. La Fenisa de la *Nápoles*, al partir su amado en la armada de Alfonso V, intenta suicidarse, cosa que impiden. Dido, como sabemos, muere por su mano. El desenlace no puede ser el mismo en Esquilache, hombre de ideología cristiana, que en Virgilio que todo lo subordina a la fatalidad y a la pasión. Los discursos y arengas, sin diálogo, lo que quita vivacidad. La joven que se pone como premio por alguno de sus familiares: con la mano de la doncella se cede un reino o un ducado a dos o más luchadores. Palabras aisladas del vocabulario virgiliano demuestran lo que el mantuano podía dar de sí en el poema de Francisco de Borja.

ARIOSTO.—La influencia más honda que ejerce el italiano en la *Nápoles* se traduce en el empleo sistemático de la estrofa consagrada, en el episodio de los torneos para conseguir esposa y ducado, procedente de Virgilio, y en la búsqueda de un anillo mágico que ayudará a sortear dificultades para recuperar al amado extraviado, corporal en unos casos, y sentimentalmente en otros. El nombre de Orlando, caballero francés de la *Nápoles* que interviene con distinta psicología e importancia en Esquilache y en Ariosto.

TASSO.—Si en la *Nápoles*, por obra de Esquilache, se resuelve todo en detalles pictóricos, estatismo exterior, menos cuando de combates se trata, o en algún detalle psicológico, en Tasso, grandioso poeta lírico, encontramos lo musical y lo sonoro. Coinciden los dos en las pugnas entre el deber y el honor, en el ascetismo castrense y en la pasión, más agudos, problemas vivos, en Tasso. El encabezamiento de los cantos en que se divide la obra, por una octava, síntesis de aquéllos, titulada en ambos «argumento». Influenciado por el poeta italiano, Esquilache exhorta a Felipe IV a la conquista del sepulcro de Cristo. Tiene también la descripción de la vida que gira alrededor de unas murallas. Los relatos de la vida de dentro y fuera de la ciudad sitiada. Despliegue de

35. VIRGILIO, *Eneida*, I, 89: *Ponto nox incubat atra*, II, 8: *iam nox umida caelo praecipitat*.

ataques, lo más movido, como hemos dicho, en Esquilache, técnico militar. El presentarnos al ejército por pueblos y caudillos: *Prima i Franchi mostrarsi: il duce loro / Ugone esser solea del re fratello*, en Tasso, y «a Pedro invicto joven, obedece / Con fe constante y ánimo robusto / La noble gente que Aragón ofrece», en Borja. La técnica suave de los mensajeros para hacer desistir de una lucha. En la *Jerusalén*, después de un preludio coral y litúrgico, antes del ataque a la ciudad santa, Bouillon empieza a distribuir el ejército y máquinas de guerra. Entonces el italiano y Esquilache coinciden, al hacer asaltar las murallas, en la descripción de las nubes de polvo y humo; en el miedo, en las heridas, en los duelos furiosos a caballo, en el relampagueo de las armas, en la noche, en los golpes furiosos que destrozan armaduras y hacen brotar la sangre y que sugieren a los dos poetas la comparación con los toros furiosos que se acometen; caballeros que se enamoran de amazonas, personajes estos de repercusión virgiliana. La amazona Clorinda, con Tancredo, en Tasso; en Esquilache, Laura, con su amador Gerardo. El tópico de la vida pastoril y campestre que se nos descubre en la *Jerusalén* a través de Herminia, y en la *Nápoles* a través de Fenisa. El episodio de los amantes que van a ser ajusticiados en una plaza de la ciudad sitiada, episodio que se resuelve felizmente.

Todos estos detalles demuestran que junto a Virgilio, y quizás con más intensidad, influyó Tasso en Esquilache. El italiano tenía una religiosidad y un calor de humanidad que podían hermanar mejor con la manera de Borja.

Se olvidó nuestro autor, sin embargo, de asimilar el canto de los pájaros, el diálogo movido y musical, el afecto hondo de los personajes de Tasso que se mueven en una atmósfera de amor, dolor, lealtad, honor, misterio, embrujos; el murmurar de los ríos en el bosque, el escuchar las voces que surgen de las ramas.

De los poetas del siglo xv toma Esquilache pensamientos alegóricos, antítesis y juegos de palabras de carácter conceptista. Lo dantesco llega a él por lectura directa y por nuestros cuatrocentistas. En cuanto a castigos y desfile de condenados se observa la influencia de la *Danza de la Muerte* por lo que de social y costumbrista tiene. Garcilasistas, entre los poetas del xvi, son algunos versos y la armonía de los mismos a los que ha cambiado algunas palabras. Se nota influencia de la Egloga primera del todelano con su estatismo sereno, pero sin la melancolía de Garcilaso. La visión de la naturaleza en la *Nápoles*, sus colores simples y su quietud nos recuerdan al gran poeta lírico de la época de Carlos I.

Se nota, además de la dirección estética, pensamientos y tono de algunas obras Bartolomé L. de Argensola.

LA NATURALEZA.—Pero, frente a lecturas e influencias, hay en Esquilache una personalidad barroca destacada por una austeridad que se adorna sin exceso con epítetos, metáforas, con la poesía de los mitos que se resuelven, no como en los gongorinos puros, en inteligencia y en detalles plásticos de artista del pincel. El estatismo formal de Borja reside en esto; además de su base histórica, quiere fijar con una pincelada un momento.

La naturaleza de *Nápoles recuperada*, pintada, nos retrata una moda artística en la que se confundían la pluma y el pincel. Según Vossler ³⁶ hay en el español una marcada tendencia por lo artificioso, de tal manera que lo que ha buscado en la naturaleza es lo maravilloso, no lo real, o el sentimiento íntimo de la misma. En *Nápoles recuperada* encontramos en confusión lo humano y la naturaleza. Anima el mar reteniéndole en labor de artista: «en sierras de agua repastaba el viento / El blanco ganadillo que detiene». A veces, el ímpetu de las olas pretende «deshacer la amistad de los maderos», o azota a las unidades durante la tempestad, como si fueran «espigas y amapolas». Las velas son espejos cóncavos en los que se mira el sol. Pero si esto pasa en el mar, en tierra Esquilache nos presenta contrastes de dulzura y brusquedad. La montaña, símbolo de violencia y encarnadora de mitos fuertes, es frecuente. Pardas y erizadas rocas, alegres cumbres, montes enlutados, cerviz sombría de altas peñas. El Pirineo, cuerpo de Pirene tendido, monstruoso, símbolo de la eterna separación territorial y sentimental de España y Francia. Caronte, el barquero fatídico, que tiene el cuerpo erizado y la espalda montuosa. Y para retener por algo la sucesión de montes que nos presenta, un adjetivo adecuado, una alusión: la inclemente sierra de Cuenca; Moncayo, que llora la ausencia de su gente y tiene selvosa la cumbre. La niebla y el humo presentan difuminadas perspectivas, extrañas sensaciones de alejamiento, suavidad de contornos y coloraciones especiales: «la niebla que vuelve en las alegres cumbres / Los verdes lejos pálidos y oscuros».

También los ríos decoran el paisaje o simbolizan algo abstracto. Risueños y mansos arroyos cristalinos que esparcen su plata por los prados verdes. Cuando simboliza algo, parece que el río se agranda. El Ebro, unas veces, abraza los campos de Zaragoza, y otras, es España

entera, sobre todo cuando Alfonso V en la tempestad pide ayuda divina para los vencedores del Ebro. Símbolo de maldad e ignorancia, los ríos infernales arrastran aguas turbias y negras.

Decoran el paisaje las flores. Estas han pasado a través de la literatura para decorar fondos, simbolizar mitos y los distintos sentimientos de brevedad y fugacidad vital. No son, en la mayoría de los casos, en la *Nápoles*, más que manchas de color: «la colorada y vergonzosa rosa»; «el lirio azul» y la azucena «de su amarilla espiga dividida». Del jazmín nos da la sensación de perfume al decir «que agradece con su aliento / La blanda adulación del manso viento». Dafne, símbolo de la delicadeza, «huye pisando sin doblar las flores». Pocas veces la naturaleza se ve turbada por el canto de los pájaros; una de las pocas veces en que se determina un ave, es con carácter de metáfora. Así, aparece ante nuestros ojos «una nube matizada de palomas», representación de las almas que van al infierno. Se compara a Barcelona—barroquismo—con un pájaro maravilloso, «vestida de colores y plumajes». También las plumas adornan airoso las armaduras. La noche es decorativa o es «muda» en representación de silencio absoluto y negación. Hay, también, un romántico sentimiento de nocturnidad. La luna, impresionista, aparece como una madeja luminosa: «las blancas hebras de la luna». El sol, al nacer el día, tiende por los valles sombríos «de pinceladas las madejas, / Las rubias trenzas voladoras».

Es tan lujoso y señoril Esquilache que, así como en la naturaleza nos hace pensar en los fondos de Poussin, en las notas de lo maravilloso y artístico, en las que la actividad de la imaginación se da con más amplitud, nos hace pensar en Tiziano.

ARTE.—Arte y naturaleza, como hemos visto, se confunden en el poema. Veamos lo que está propiamente separado del paisaje o decorado como fondo por él. No olvidemos que todo lo que podía haber de horrible, oscuro y ausencia de belleza en las visiones mágicas del medievo, se transforma por obra y gracia de algunos artistas de los siglos XVI y XVII en un maravilloso tapiz en donde todo está idealizado.

Tiziano, pintor de reyes, es el artista bajo cuya mano todo se ilumina y se convierte en brillante: mármoles, paños, metales. El templo de Cumas de la *Nápoles*—templo que es «injuria de los años»—es una visión optimista para un tiempo que cantaba las ruinas como tema de meditación de la fugacidad de las cosas. Es el templo una construcción clásica y de proporciones geométricas. Mármoles, serpen-

tinias, ventanas con marco de plata. El atrio tiene mosaicos trabajados. En las paredes están pintados los mitos de Europa, Apolo y Dafne y el monstruo Fitón. Cien columnas de azul zafir y cristal brillante con bases y capiteles plagados de pedrería están en el templo. Otra visión de arte nos la ofrece el palacio de la reina Juana con brocados de escarchadas flores, pérsicas, alfombras. La reina está sentada en un trono de marfil y oro y lleva collares de rubíes, diamantes, lazos, «matices» y volantes. De pelo crespo y raya en medio de la cabeza es la reproducción del retrato velazqueño de una dama. La vajilla de la reina, que es de oro, está decorada con guirnaldas y troncos. Alfonso V, a su vez, ocupa «un palacio antiguo», reliquia de los primeros césares. En la portada de dicho palacio hay «dos gigantes de alabastro fieros». En un aposento de paredes pulimentadas y brillantes, el Rey está sentado en una silla relevante «de plata árabe, sobrepuesta de oro, de alemanes buriles maravilla».

PERSONAJES.—Ya hemos hecho notar lo difícil que resulta separar lo humano de la naturaleza que lo invade todo, y a ésta de lo artificioso. Tratándose de funciones humanas, una ley de subordinación lo preside todo. Alfonso es el personaje central caballeroso, pues antes de atacar ofrece la paz; duro cuando no se le obedece; piadoso, valiente, afectuoso. Es el godo para los italianos, entendiendo por tal Esquilache un título de dignidad, sinónimo de español y noble. Frente a Alfonso, la reina Juana, cautelosa, desconfiada, hipócrita, que muere «de todos olvidada», como cuenta un emisario al Rey aragonés. Renato de Anjou, «de la ciudad señor intruso» e «invicto descendiente de aquellos reyes», es valiente y buen guerrero.

Por encima del héroe, Dios, la Fortuna, que aquí respirando aire burocrático de la época de Felipe IV, no es ya la diosa, sino ministra.

De entre los personajes secundarios destacan Fenisa, doncella andariega que persigue a su amante que la ha abandonado y que, envuelta en temores y zozobras que no la dejan reír, consigue de la maga Alci-medonta un anillo mágico; Laura, la bella amazona vencida por el amor; Gerardo, un Don Juan desdibujado en el desenlace; Garcerán, personaje de empaque dramático y nobilísimo.

ARAGON.—Hay en el fondo de la *Nápoles recuperada*, como ya hemos hecho notar, una corriente de amor por todo lo aragonés. En la obra sobre *La Erudición Española en el siglo xvii* (Madrid, 1950), de D. Ricardo del Arco, hay una carta de Fray Jerónimo de San José a Uztarroz. Está fechada en junio de 1651. *Nápoles recuperada* está en prensa en

Zaragoza: «hay un ejemplar del Principe de Esquilache por donde se imprime, falta una octava que hizo i añadió en el original que yo tuve i corregi en Madrid, la cual me enbio el mismo en ese papelillo que es de su letra a la devocion de nuestra Señora del Pilar... Tambien digo que al fin se podrian añadir elogios en verso como los hiziesen vm y Salinas que es justo celebremos los aragoneses este Poema que sera muy bien recibido y celebrado generalmente». Fray Jerónimo vió la exaltación de los valores aragoneses en el poema.

Para Esquilache, Aragón es la región fuerte, con todas las virtudes que hacen grandes a los pueblos, inyectada en la persona de Alfonso V y sus hermanos. De tal manera que, para el autor, en la lucha italiana, Aragón simboliza a España: «De España deja la querida tierra». Alfonso, en medio de una gran tempestad, pide a Dios «piedad para los vencedores del Ebro». Cobijada la armada aragonesa en Mesina nos presenta el poeta a Pedro, a quien obedece «la noble gente de Aragón». La primera vez que el Magnánimo se presenta a los sitiados por boca de un heraldo y de manera oficial es con las palabras: «Alfonso que posee por herencia / De Aragón y Sobrarbe la corona». Paradino, caballero lorenés al servicio de Juana, anima a la reina diciendo que no parará hasta «Poner en Zaragoza tu estandarte». Fenisa recorre en busca de su amado tierras y tierras y cuenta: «Llegué con esto a lo mejor de España, / Lisonja y gloria del piadoso Augusto». Gerardo, cual nuevo Don Juan, huye siempre y: ...«apriesa / De Jaca y Huesca a Barcelona trujo / Gran número de gente montañesa». Un mensajero de Anjou dice para ablandar a Alfonso: «Tu gente vuelva alegre y vencedora / A ver del Ebro los cristales fríos, / Que ausencia tanta en sus corrientes llora / Moncayo en fuentes que convierte en ríos». Garcerán, caballero aragonés, enamorado de Cenobia, da, junto a algún parlamento de Alfonso y la descripción de batallas, en sus palabras una nota de brío. Dice, preso, a Renato de Anjou: «Nací, señor magnánimo, en Barbastro, / Ciudad en Aragón antigua y bella». En la derrota de Nápoles, Anjou excita a los suyos a pelea diciendo que no tengan miedo, pues «son pocos los autores / De empresas tantas y atrevidas guerras / Que asombran de Moncayo sus cultores».

Y para terminar, falta, como dice Fray Jerónimo de San José «una octava que hizo i añadió al original... que es de su letra a la devocion de nuestra Señora del Pilar... diciendo havia de entrar en la invocacion que hace a Dios en la tormenta y havia de entrar tras la octava 39 del primer canto. Teniala el Principe añadida en su original en un papelillo

suelto i se devio de caer i perder». Hay una devoción aragonesa por excelencia, que como exponente espiritual influye en el folklore y en la literatura regional, que es la devoción a la Virgen del Pilar. No dejó perder ocasión de exaltar lo aragonés Esquilache, desde la Virgen del Pilar a sus caudillos, a su gente toda, a su paisaje, elevado a categoría artística.

